

PABLO AZÓCAR  
EL SILENCIO DEL MUNDO

TUSQUETS  
EDITORES

So what. Por la mañana estaba escuchando el tema de Miles Davis lavándome los dientes cuando comprendí por qué el hombre se había vuelto loco, por qué había decidido irse de la vida y de todo, y en su caso irse de todo era irse de la música, sabes, dejó de lado la trompeta y nos dejó solos porque no podía consigo mismo, se odiaba, se recriminaba, se miraba en el espejo del baño y no sentía respeto por esa cara que tenía en frente, *so what*, entonces qué, cuál es el paso siguiente cuando ya diste el último y topaste fondo, Miles, Miles había agarrado como un arma la trompeta y había espetado *so what* y después no supo de sus días y se esfumó y todos empezamos a echarlo de menos. El de Miles Davis fue un silencio legendario, pasaban los años y nadie sabía de él, la prensa se preguntaba si se había muerto o si estaba en una clínica de rehabilitación.

Si no conoceré yo las clínicas de rehabilitación, ese lugar donde te toman hecha jirones y van rearmando las piecitas una a una, como esos rompecabezas que abarcan toda la mesa con miles de piezas, aunque siempre habrá una o dos que faltan. Es el doble cero de la ruleta. El residuo invisible. La fisura. Algo sucede y ya nada vuelve a ser igual. Las clínicas de rehabilitación (ahora se emplea este eufemismo, antes se las llamaba casas de orates) lo saben mejor que nadie. El dolor, a partir de un cierto grado, simplemente *no tiene reparación*, ¿entiendes? Miles Davis descubría una música y al día siguiente estaba buscando otra, era el insaciable, el penitente, no toleraba la repetición de los días unos iguales a otros, él estaba aquí pero la mirada (o el alma) la tenía en otro lugar, allá adelante, un lugar que solo él sabía, y se dio a la heroína y a cierta abyección y a la violencia, y sin embargo fue capaz de volver, el muy bestia, fue capaz de levantarse desde el noveno círculo del infierno, se limpió y se miró los propios ojos y sonrió y un ligero ritmo le picó de pronto en la oreja y luego asomó tímidamente un saxo en alguna

parte de la Tierra y después un piano rasposo y toda la música del mundo le fue volviendo con ese piano rasposo porque el piano es el único instrumento musical que reúne a todos los otros, y eso Miles Davis lo sabía aunque tocara la trompeta. Ulises, Virgilio y Dante estuvieron en el infierno y pudieron volver; Miles también. Carrasoso, malhablado, adicto a los Ferrari y a los revólveres, Miles Davis es una herencia de mi padre, que se instalaba en el living a escuchar jazz en un vetusto tocadiscos RCA Víctor; era su espacio más íntimo, se refugiaba en la música en los pocos momentos en que lograba zafarse de la succión del mundo real. Mi padre adoraba al Miles del bebop, no le convencían sus revolcones posteriores: su dios era Charlie Parker, con sus escalas frenéticas y esa sensibilidad de cabro chico. Miles solo pudo volver a la música cuando fue volviendo a la vida, sabes. Resulta sorprendente la irrupción de todos los colores cuando estuviste en blanco y negro durante tanto tiempo. Te lo digo yo, que abandoné en silencio una clínica más o menos en los mismos días en que Miles Davis abandonaba en silencio una clínica en otro continente, en los años ochenta, y si me preguntas qué importancia tiene esto, te digo que no lo sé.

Hay una cosa que el furioso Miles Davis sí sabía: todos los indignados, en primer lugar, están indignados consigo mismos. Tú también estabas indignado, Diego, lo supe la famosa mañana en que te vi por primera vez, cómo me río cuando me acuerdo, subías corriendo por la escalera saltando los escalones de dos en dos, te resbalaste, voló tu mochila, y yo que iba bajando me reí y tú inclinaste la cabeza y te pusiste rojo y supe que tenías esa vulnerabilidad: te delataba el color de la cara. En tu mochila negra tirada en la escalera asomaba una botella de pisco a punto de caer. Te lo advertí y me dijiste: Gracias, señora. Solo más adelante me contaste que no era pisco sino combustible para una molotov.

No recuerdo con claridad cuándo nos volvimos a ver, me asaltan imágenes dislocadas, fragmentos a los que no logro darles una secuencia ni atribuirles fechas o contenidos precisos. Sé que otra vez te vi, te veo en la escalera del edificio, apurado, ansioso por llegar a alguna parte con una bandera mapuche en la mano mientras arde Santiago y arde Chile entero y nadie sabe en qué va a terminar el reventón callejero que lo va cubriendo todo como un derrame. Te veo otro día apretando el botón del ascensor y reclamando porque nuevamente no funciona y galopas entonces hacia la escalera sin mirar a nadie y no adviertes que te estoy saludando tímidamente con la mano desde el pasillo. También te puedo ver algo distinto, un poco más peinado, pongamos, una mañana de lunes, te veo atravesando el Parque Bustamante, a media cuadra de aquí, al otro lado del kiosco de don Mario, te acompaña un chico gordo más o menos de tu edad, creo que se dirigen al metro, discuten acaloradamente. Todo el mundo discutía en esos días, Diego. Unos más, otros menos, pero todos estábamos indignados.

El día en que te apareciste en mi puerta lo retengo con extraña claridad (aunque estoy segura de que te pondrías a discutir los pormenores). El timbre sonó hacia el mediodía, abrí y allí estabas, con tu cara imberbe, con el gato en brazos, un gato con rayas ocres y blancas llamado Gengis Khan. Hola, Gengis Khan, yo soy Elisa, le dije tomándole una manita. Lo habías traído para que lo conociera, me contaste que debías ir por una semana a Valparaíso y me preguntaste si te lo podría cuidar. Qué quieres que te diga: me gustó que sonrieras con todos los dientes. A la mañana siguiente apareciste de vuelta con el gato y con una bolsa de alimento y un saco de arenilla y lo dejaste instalado en el lavadero con una destreza profesional. Gengis Khan había llegado para quedarse.

Algunas semanas después, cuando mirábamos la ciudad desde el balcón, te conté que nunca antes había tenido un gato y no sabía por qué, si consideramos que me habían gustado mucho cuando niña (hacia los seis o siete años quise tener uno, pero mis padres se opusieron). En la época en que viví con Katya tuvimos un perro durante un tiempo, pero no se me pasó por la cabeza tener un animal adentro de la casa. Mira lo que son las cosas, Diego, recién ahora puedo verlo: ese maldito Gengis Khan me cambió la vida. No solo hizo que lo amara a él: hizo que amara a todos los gatos del planeta. Lo dejé que se impusiera, al segundo o tercer día él ya era el eje de la casa (me disculparás si a mi departamento lo llamo casa), todo giraba alrededor de la estela invisible que iba dejando ese felino cuando se desplazaba de aquí hacia allá, silencioso, indiferente, altivo, hasta que decidía volver morosamente a su reino y durante algunas horas no se movía de allí. Tú habías instalado la caja con arenila y los potes de comida en el lavadero que está en una terracita detrás de la cocina, y el gato no tardó

demasiado en comprender que era ese su lugar en el mundo. Los gatos son rituales, conservadores: allí se pasaba gran parte del día, arriba de una repisa, con los juguetitos que le habías dejado. El perro se somete ante el humano; el gato instala siempre entre él y tú una pátina de distancia. Gengis Khan no necesitaba de mí y yo no necesitaba de él. Era la ecuación perfecta. O eso creía yo, ay, Diego.

A la semana siguiente reapareciste puntualmente a buscar al gato; para variar tenías prisa y te fuiste enseguida, y pensé que no te vería más. Pero hubo una tercera vez en que asomaste en mi puerta —un par de semanas después— y fue un poquito más escandalosa. Eran pasadas las once de la noche, había toque de queda y el timbre sonó con insistencia. Me alarmé, claro. Cuando te vi a través del ojo mágico de la puerta iba a protestar por aparecerte a esa hora, pero al abrir me encontré a bocajarro con el estruendo de botas y gritos y carrerones por la escalera, y de pronto te deslizaste desde el ventanal del pasillo como si lo hicieras desde el cielo, te metiste al interior de mi casa y cerraste la puerta, con el dedo índice en la boca. Comprendí que a ti y a no sé quiénes más los venía persiguiendo una patrulla militar. Me susurraste que estaban allanando tu casa y que tenían cerrada la calle. Entendí que compartías con otros universitarios el loft grande del último piso. Me sorprendió que dijeras que tu mayor preocupación era que en la fuga no habías podido encontrar al gato. Cuando tus perseguidores

golpearon la puerta, te indiqué con una señal enérgica que te metieras detrás del sillón, me eché encima la raída bata de andar por casa y con toda la dignidad de una mujer de pelo gris, hierática, inesperadamente serena, abrí la puerta, miré a los ojos al oficial y dije golpeado: ¡Cómo se les ocurre despertarme a esta hora! Y cerré la puerta y nos quedamos quietos, sin mover ni una ceja, suspendidos, esperando, sin alcanzar a vernos pero escuchando nuestras respiraciones agitadas. Cuando al cabo de un buen rato comprendimos que no volverían a molestar, saliste de detrás del sillón y resoplaste aliviado. No recuerdo bien lo que hicimos, no sé si celebramos, pero sí sé que durante un buen rato hablamos bajito, como si los policías del mundo entero nos estuvieran acechando, como si anotaran nuestras respiraciones y nuestros gestos, aunque si lo pienso bien la verdad es que no tardamos demasiado en ir soltando y relajándonos, al rato nos estábamos riendo, ni yo podía creerme una actuación tan mayestática, no parábamos de reírnos cuando te pusiste a imitarme (¡Cómo-se-les-ocurre-despertarme!). Estabas en eso, remedándome, cuando me di cuenta de que tenías sangre en la cara. Era en realidad un corte en el cuero cabelludo, en la parte de atrás del cráneo, nada grave. Te rapé esa parte de la cabeza, te acuerdas. También te quité dos perdigones que tenías en la espalda y desinfecté más o menos las heridas. Nunca fui buena para las curaciones, pero no puedes negar que en esa ocasión fui una enfermera ejemplar. Y yo que siempre había sido tan miedosa y asquenta. Nadie puede

saber cómo va a reaccionar ante lo desconocido, pero habíamos entrado en la espiral y caminábamos como ebrios entre fogatas y gritos y vitrinas rotas, fuego en todos lados, millones de indignados se habían echado a la calle entre arengas y cacerolas y sirenas urgentes y gases lacrimógenos, y todos (menos yo) parecían haber perdido el miedo.

No sé explicar por qué entre tú y yo nunca hubo la inhibición natural de dos desconocidos. Practicamos, creo, un viejo lugar común: fue como si nos conociéramos de toda la vida. Esa primera noche, con el toque de queda y con tu departamento allanado, te improvisé la colchoneta en el escritorio. Recuerdo que conversamos hasta tarde, aunque cada tanto te acordabas del gato y te asomabas al pasillo y a las ventanas a husmear por si lo divisabas; o alcanzabas el teléfono y enviabas mensajes trepidantes de voz o de texto. Yo tenía una botella de pisco y la bajamos casi toda aquella noche. Me contaste que eras de Temuco, que estudiabas sociología en la Alberto Hurtado y que casi todos los estudiantes que compartían contigo el loft del último piso eran del mismo campus. Te pregunté por qué los habían allanado y te largaste vagamente a hablar de desigualdad y de asambleas y a criticar al presidente y a los parlamentarios. Me preguntaste a qué me dedicaba yo y te respondí: poeta en retiro. Luego te expliqué el chiste: yo había sido poeta, pero se me habían secado las palabras y había acabado dán-

dome de baja de la poesía, y desde hacía unos buenos años (por lo menos desde los cuarenta en adelante) me ganaba la vida traduciendo novelas y enseñando literatura y me sentía una privilegiada por ello, porque me disgusta escribir, pero nada me dio nunca tanto placer como leer. Cuando estabas hablando hubo un momento en que saltó la venda de tu cabeza (en realidad estaba muy mal puesta) y te corrió una hilera de sangre por la sien, pero tú te encogiste de hombros y me dijiste que lo único importante ahora era ir a buscar a Gengis Khan.

Así fue como se inició la Operación Rescate. Subías a distintas horas hasta el último piso y te metías por las ventanas del pasillo a ver si encontrabas por los tejados al gato, y yo te decía que te anduvieras con cuidado, podían volver los militares. Enseguida me daba cuenta de mi tontería: tú no conocías el miedo, qué te podía importar un soldado o un paco dando vueltas por ahí. Lo único que temías era que le sucediera algo a Gengis Khan. Recorrimos el barrio buscándolo entre los escombros y los restos de fogatas, pegamos afiches con su foto en los árboles, también escalaste peligrosamente entre los techos y la azotea del edificio para ver si lo encontrabas, pero fue inútil: con la estampida militar se había hecho humo. Si yo echaba de menos a ese gato (yo que apenas lo había alcanzado a conocer en la semana en que te fuiste a Valparaíso), podía comprender cómo te dolía su ausencia. Pensé en decirte que a mi edad sabía que la vida es una continua sucesión de pérdidas, pero no quería banalizar tu dolor y me quedé callada. También pensé que ese gato de seguro ya no iba a volver, pero tampoco dije nada.

Todavía hoy me asombra la naturalidad con que te di ya el primer día una copia de las llaves de la casa. Te expliqué el funcionamiento de la cocina y dónde estaba el café, y te alcancé una toalla limpia. Luego nos fuimos a dormir y cuando al día siguiente me levanté, ya habías partido. Noté que desayunaste y lavaste la vajilla que había quedado en el lavaplatos. A la noche siguiente no llegaste. No dormí bien. Aunque había toque de queda, se oían ráfagas, frenazos, explosiones. Dos o tres veces oí ruidos adentro de la casa y me levanté creyendo que habías llegado. Me dormí finalmente en la mecedora y cuando al otro día me desperté, con baba, con un libro abierto en el pecho, me dije que en esa batahola era natural que no hubieras aparecido. Hay una imagen que nunca voy a olvidar: bajé a comprar pan donde el tano como siempre y cuando llegué, descubrí que la panadería había sido incendiada y saqueada por completo. No quedaba nada, ni los mesones, ni los anaqueles, ni mueble alguno. Incluso los golletes de las ampolletas habían sido arrancados. Solo quedaban unos tristes cables cal-

cinados. Eso era mi barrio, en eso se había convertido mi panadería. Miré alrededor: farolas caídas, ventanas hechos trizas, paraderos de buses destrozados. Era la imagen de un bombardeo, un escenario posnuclear, todo quemado y destruido, minuciosamente, como si no hubieran querido dejar piedra sobre piedra.